



PLACIDIA Y SU HIJO VALENTINIANO

Como Plácido, monje benedictino romano

Me hacía pajas, apacible, alegremente
En el fondo del mar de mis sentidos
Y bajaba con placer a su terreno de aluvión
Donde se hallaban como pepitas de oro.
Un día, pellizcándome las palmas de las manos
Recordé que dentro de una tortilla de maíz
Comprada en una feria de tapas
Me encontré cierta moneda antigua
Insignia honorífica esmaltada
Que perteneció a Placidia (Gala)
En la cual figuraba como Augusta.
Entonces, pellizcando el pellejo de mi glande
Se me apareció prendida en la camiseta
Dispuesta aplacar el calor de mi pene
Como hizo con Alarico, rey de los godos
Y, después, con Ataulfo, su sucesor
Quien, junto a un roble, la tomó por mujer
Viendo ella llegar a un caballero
Y, desprendiéndose de Ataulfo
Se fue a follar con él, que era, nada menos
Que el emperador Constancio
Que venía como una cabra con un cencerro al cuello
Con el que tuvo su único hijo, Valentiniano
A quien, al nacer, arrancó su masa carnosa
Haciéndole una pajueta con agrado
Bueno, lamiéndole la pitilina, ya tiesecilla
Que por eso le llamaban en Roma

Valentiniano Placentino, cuando fue emperador.

Con todo gusto, a toda satisfacción

Placidia salía a los espacios de tierrallanos

Rodeados de bosque y, como una placera

Mujer que vende comestibles en el mercado

Ofrecía su sexo sin sosiego e intranquilo

Pero gustoso, agradable y bien visto

Que sonaba como el “Modo”

Añadido al canto gregoriano

Cuya dominante es la tercera

Por bajo de la tónica

Y diciendo a los cuatro vientos:

-Los cristianos han plagado Roma

De ratas, de desatinos, de tiña.

-Daniel de Culla